

LAS AVENTURAS DE LUNA VÍLACK



Esta es la historia de una nena que se sentía parte del espacio.

Luna Vílack era una niña alta, morocha, de ojos azules como el cielo y brillantes como el sol, con una mirada que transmitía confianza. Era muy inteligente, tenía 11 años y le encantaba la ciencia, la astronomía y le interesaba mucho el espacio. Sentía que el espacio era una parte de ella, y para esto la ayudaba mucho su nombre "Luna" y su apellido "Vílack". Su papá era médico y bióloga su mamá, Mariana. Los dos siempre estimularon a Luna para que investigara todo lo que le interesara.

Imagínense que los padres de Luna tenían 50 años, eso quiere decir que desde que Mariana tenía recuerdo escuchaba una y otra vez la historia del hombre que había llegado la Luna. Por eso, cuando tuvieron una hija, no dudaron, y le pusieron de nombre Luna. El apellido de su papá era Vílack, entonces Luna Vílack era para ella como decir Luna ViaLack tea. Eso es lo que siempre se había imaginado.

A Luna le gustaba ir todos los días al altillo de su casa con sus telescopios y sus libros del espacio para aprender cada día más. Sus papás le habían regalado esos telescopios para el día del niño.

Una tarde después de la escuela, Luna salió muy enojada y se fue al único lugar donde podía estar sola, el altillo. Cerró de un portazo tan fuerte la puerta que resonó como un trueno en todo el barrio pero, a pesar de eso, a nadie le llamó la atención. Se puso a mirar por su telescopio. Sintió una sensación rara, era como que algo la succionaba, que se estiraba

como un chicle, se hacía elástica, una fuerza extraña la atraía con mucha intensidad y un viento inesperado la hacía volar. Parecía el libro de fantasía que había terminado de leer. Intentó agarrarse de lo que podía, árboles, arbustos, hamacas, toboganes, chimeneas, antenas, y cuando pudo sujetarse fuerte del último árbol sintió cuatro patitas en su mano y una luz dorada e intensa que la alumbraba, pero sus fuerzas no fueron suficientes, cerró los ojos y se dejó arrastrar. Cuando finalmente pudo mirar, todo estaba oscuro. Se observó a sí misma para ver si algo había cambiado y, en cuanto vio sus brazos, entendió, sin dudarlo, que sí. Algo había pasado ¡Tenía alas! Parpadeó una, dos, tres, cuatro veces, a ver si conseguía despertarse y era todo un sueño, pero no hubo caso; las alas eran reales ¿Qué haría ahora? Intentó usarlas, y para su sorpresa pudo mantenerse volando. Sin embargo, algo volvió a llamar su atención. De nuevo las patitas esas en su brazo. No le pareció que fuese un problema ahora y trató de olvidarse de esa sensación y concentrarse en saber dónde estaba y cómo podía volver a su casa.

Decidió ir a explorar el lugar. Su alrededor era negro. Sólo se veía una pequeña luz en su mano, volvió a mirar ¡Era una luciérnaga! La tomó de sus pequeñas patitas y empezó alumbrar a su alrededor. Por lo menos no estaba sola. A lo lejos se veían estrellas. Empezó a sentir una luz que le quemaba la espalda, cuando se dio vuelta esta la cegó. Era fuerte e intensa. Lejos de ella se encontraban pequeñas esferas, algunas recubiertas con anillos, otras sin ellos, rojas, azules y verdes. Por un momento Luna recordó su cuarto donde tenía todos los planetas, el Sol y la Luna. Por un instante tuvo una idea loca, como que estaba en el espacio, pero luego se dio cuenta que no podía ser cierto, hasta que vio todas esas esferas y anillos. Se dio cuenta que la esfera con anillos era Júpiter y el planeta rojo era Marte. Estaba impresionada. Con sus magníficas alas empezó volar hasta Júpiter. Cuando llegó no se animó a entrar, pero igual lo hizo siguiendo su instinto. Dentro de Júpiter parecía que estaba finalizando un discurso y la multitud a coro decía:

- ¡A enfermar! ¡Jiujuuu!

Y algo más que no pudo descifrar pero que quedó dándole vueltas en su cabeza.

Luego pudo ver que había muchas esferas chicas, pero con pinches que se retiraban y una gigantesca, aunque igual que las pequeñas, se asomó. Hacía mucho frío, cada vez iba dando pequeñísimos pasos hasta que se enfrentó a la gigantesca criatura.

No estaba tan asustada, no parecía que pudiera lastimarla. Lo primero que atinó a decirle fue:

- ¿Qué sos? ¿Quién sos?

Y esa cosa extraña contestó:

- ¡Pero que tenemos aquí! ¡Una niña! Secuaces - llamó de un grito.

Las pequeñas criaturas salieron y la tomaron de pies y manos, rodeándola con unos de sus pinches. Asustada Luna gritó:

- ¡Déjenme salir, suéltense!

Pero la otra criatura, sin darle importancia a su comentario, dijo:

- Yo soy Vijup, ¿no me conocía? Te presento, ellos son mis secuaces, son como yo, son virus, pueden enfermar.

Luna dijo:

- Ni se te ocurra ir a enfermar, escuché el final de tu discurso y sé lo que te propones. ¡Yo lo impediré!

- ¿Para qué te diría mis planes? -dijo el Rey. Arruinaría toda mi diversión.

Y llamó a sus secuaces para que la lleven a una celda. Luna, asustada, intentó impedirlo y soltarse, pero lo único que lograba era lastimarse cada vez más. El virus se iba alejando y ella lo perdía de vista.

La encerraron en un lugar pegajoso, sin salida, ventanas ni otro lugar por donde escapar. Solo había un pequeñísimo agujero por donde ni entraba su dedo meñique.

De las paredes de su celda salía una baba que iba creciendo y se iba acercando a ella, y empezaba a presionarla. Tenía miedo ¿Cómo saldría de allí? Tocó su bolsillo, y se alegró al sentir que su amiga permanecía con ella. Su luciérnaga le alumbró la celda y pudo ver lo que sentía. La baba violeta no paraba de crecer. Como la luciérnaga pasaba por ese pequeñísimo agujero, salió. Fuera de la celda comenzó a emitir destellos de luz llamando así a otras luciérnagas. En poco tiempo había millones de escarabajos luminosos a su alrededor que tomaron a Luna por todo su cuerpo y, en ese instante Luna mágicamente se hizo diminuta como las luciérnagas. Así lograron que Luna escapara y sin saber cómo ni cuándo comenzó a correr.

Corrió, corrió y corrió muy asustada. Llegó a la punta de un precipicio y creía que era el final, pero de pronto volvió a su tamaño normal y sus alas aparecieron para salvarla. Quiso agradecer, solo quedan ella y su fiel amiga.

Voló y voló hasta alejarse de Júpiter. Ya estaba en el espacio cuando sintió que algo la pinchaba en la muñeca, hizo un movimiento ligero con sus manos y uno de los secuaces de Vijup cayó en Marte. Se detuvo y observó que cuando el virus caía se iba desintegrando como una roca cuando estalla.

Por otro lado, Luna pensaba en volver a Júpiter.

Se puso a recordar el momento en que llegó, y se acordó que no solo escuchó “enfermar”, sino también “el hombre nos vino a invadir nos con sus naves y empezaron a investigarnos. Nos espían ¡Vamos a enfermar!”

Luna estaba cada vez más preocupada. Sus magníficas alas se abrieron nuevamente y empezó a volar, con su amiga la luciérnaga junto a ella. Cuando llegó a Júpiter, el Vijup mayor estaba dando órdenes para atacar. Luna sabía que tenía que hacer algo, lo que sea, pero velozmente. Se tomó su tiempo, pensó y llevó a cabo su idea.

Lentamente se fue acercando al Vijup mayor, pero con los brazos en alto. No quería generar ningún alboroto. El Virus Mayor inmediatamente la reconoció:

- De nuevo nuestra humana conocida. ¡Llévenla a la celda! – dijo mientras caminaba a su alrededor. Luna empezó a hablarle tranquila pero no dejaba de sentir miedo:

- Necesito hablarte, vine en son de paz- dijo.

El Virus le respondió:

- No tengo tiempo, mocosa.

Ella mantenía la calma, no sabía cómo porque tenía ganas de sacar su furia y enojo, pero se controló y siguió hablando.

- Entiendo que les moleste que los investiguemos, que entremos a su hábitat, me pasa lo mismo cuando viene mi prima a casa y me revuelve las cosas.

Vijup empezó a interesarse y la seguía palabra por palabra.

Ella siguió:

- Pero nosotros no queremos hacerles daño ni a ustedes ni a su planeta, al contrario, investigamos para aprender de otras civilizaciones.

El Virus empezaba a entender, pero de ninguna manera iba a darle la razón y mostrarse como un mal Rey.

Luego de un rato de hablar y hablar para que el Vijup entendiera, Luna finalmente consiguió que comprendiera que la venganza no era un buen camino:

- Pequeña, como veíamos que cada día su planeta estaba más contaminado no queríamos que ustedes vengan, y le hagan lo mismo al nuestro, porque nosotros vemos que su planeta está negro, y cuando ustedes vienen, nuestra casa se oscurece.

La luciérnaga, por primera vez en todo este viaje, intervino:

- Sí, mi especie está desapareciendo, nos están extinguiendo, como a los grillos y las abejas.

Luna aterrizada por lo que la luciérnaga y el virus relataban les respondió:

- Yo sé que eso pasa, pero a la gente de mi planeta no les importa la naturaleza, solo les importa el dinero y su riqueza. Cuando se muera nuestra naturaleza, los hombres se darán cuenta que el dinero no sirve. Sin naturaleza el dinero no importa. Es como la fábula del hombre que tenía una mansión y mucho oro, pero no tenía amigos. Un día, cuando en el pueblo hicieron una fiesta no lo invitaron, porque siempre trataba mal a todos. Cuando el hombre estuvo enfermo, no tuvo quien lo ayudara y su riqueza en ese momento tampoco le sirvió. Murió solo, rodeado de oro.

- Tengo una idea. Como yo puedo escuchar a los animales puedo ayudarlos y como también puedo hablar con los objetos, dejaré mis telescopios mirando hacia Júpiter, y a través de ellos nos comunicaremos. Me enviarán señales cuando vean que nuestro planeta sufre.

Con mi mamá bióloga, podemos transmitir este sufrimiento que la naturaleza está pasando y quizás podremos ser mejores y que al hombre le importe la casa que en realidad es la casa de todos, la naturaleza.

Y así Vijup y la luciérnaga y Luna llegaron a un acuerdo: ayudarían al hombre para que descubriera e investigara más, siempre que respetara la naturaleza y a los animales.

Y así fue, el hombre aprendió y pudo junto a la naturaleza convivir en paz, tranquilidad y armonía.



Fin